



*Las manos ociosas  
del Diablo*

FRAN BARRERO

La inspectora Cristina Collado y su ayudante, Víctor Garza, dan pronto con los culpables, pero no será sencillo llevarlos ante un tribunal; la posición económica y el poder político de sus familias crean un invisible pero inquebrantable muro a su alrededor.

Tal vez el apoyo del comisario Marcos Navarro y del capitán Pablo Aguilar, además de la tenacidad de la inspectora, puedan lograr hacer justicia, claro que Cristina no siempre consigue seguir la senda de la más estricta legalidad en sus acciones.

El tiempo se agota, el caso podría estar cerrado en pocos días, quizás horas, y no aparece un camino claro que tomar para avanzar. A la desesperada, algunos ayudantes de la inspectora tomarán decisiones con nefastas consecuencias.

# Índice de contenido

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Agradecimientos

Sobre el autor

*Para todos vosotros, fieles lectores.*

El diablo es más diabólico cuando  
es respetable.

Elizabeth Barret Browning

Siempre he dicho que el ocio  
ablanda el espíritu.

Hay que mantener el cerebro ocu-  
pado.

Y si no se tiene cerebro, al menos  
las manos.

Carlos Ruiz Zafón

Quisiera aclarar dos cosas antes de que comiences la lectura, aunque este tipo de comunicados suele hacerse al final de la historia. La primera es que en Huelva, por suerte, no existe el tipo de familias elitistas que se describen en la novela; también que solo hay una universidad y es pública. Ojalá el campus de La Rábida fuese tan bonito como se describe, aunque eso no evita que sea una fábrica de excelentes ingenieros que salen al mundo para tratar de ayudarlo a mejorarlo.

Lo segundo que quiero decir es que adoro a todos los animales, incluso a los gatos, sí. Desde pequeño en la casa de campo familiar tuvimos gatos que aparecían abandonados de repente y se quedaban por el trato que recibían hasta el final de sus vidas. Mis padres les proporcionaban cama y comida y llegamos a tener docenas a la vez; nunca llegamos siquiera a castrarlos. Era maravilloso tener tanta vida alrededor, sobre todo diablillos de cachorros haciendo trastadas y jugando entre los jardines que mi madre trataba de mantener cuidados.

Recordad que todo lo que vais a leer a continuación es mera ficción.

Fran Barrero

## Prólogo

### *7 de noviembre*

Un coche con música flamenca a todo volumen pasó sobre el charco y Clara solo pudo dar un salto hacia atrás, sin éxito, ya que le salpicó las medias y los zapatos que acababa de comprar esa misma semana. ¡A la mierda! Hacía frío y el mini paraguas de su bolso no serviría de mucho si volvía a llover. Miró otra vez el reloj, eran las diez y doce minutos. ¿Dónde demonios estaba su cita de las diez?

Tener que trabajar los sábados era lo peor de su nuevo empleo, pero no estaba la vida como para ir exigiendo en sus primeros años, a pesar de considerar el puesto de vendedor inmobiliario algo exiguo para sus aspiraciones tras terminar la licenciatura de derecho con una media de nueve con dos.

«Huelva es una mierda, no importa lo que vales o cuánta formación tengas, acabas de camarero, reponedor, cuidador de ancianos o vendedor de pisos, y eso con suerte».

Y en mitad de esos pensamientos llegó Gabriel Segura, el posible cliente interesado en una nave industrial en el polígono Polirrosas, justo frente al palacio de deportes Carolina Marín. Clara lo reconoció a pesar de no haberse presentado aún. Solo llevaba dos meses en el puesto y ya había desarrollado un sexto sentido para saber quién era el contacto interesado en el inmueble de turno. Apagó la música, se quitó los auriculares y los enrolló alrededor del teléfono móvil, guardando el dispositivo antes de preguntar:

—Buenos días, ¿es usted Gabriel Segura?

Cada modalidad de piso o local provocaba una serie de preguntas tipo que siempre realizaban los interesados, y Gabriel no sería una excepción: ¿tiene pasada la ITE? ¿Cuánto IBI se paga? ¿Es segura la zona? ¿Tiene cargas el inmueble? ¿Esas humedades de la pared del fondo son recientes? ¿El vado de la entrada está en vigor? Y así hasta el infinito. Por suerte para la chica, el equipo de investigación de la inmobiliaria le tenía un informe completo con todos los datos y ella solía repasarlo dos veces antes de cada cita.

Gabriel Segura se marchó media hora después, quería pensarse la compra durante unos días más y ver otras opciones, así que un apretón de manos en la puerta del local puso fin a la reunión. Clara tenía cuarenta minutos antes de enseñar el siguiente inmueble, un piso cercano, justo en la barriada de Los Rosales, así que decidió caminar sin prisas y sentarse en un banco de una plaza cercana, desde allí llamaría a Nico, su novio, que ya debería estar estudiando para las oposiciones.

—¿Cómo llevas la mañana? ¿Alguna venta?

—Solo enseñé un local y no ha habido suerte, ni creo que la haya, no parecía gustarle el precio.

—Lo de siempre.

—Sí, lo de siempre. Y hablando de eso...

—Estoy estudiando desde las nueve, lo prometo.

—Es el último intento, no puedes estar toda la vida opositando, necesitamos otro sueldo para comprar un piso antes de que los precios vuelvan a dispararse.

—Me lo dices a diario.

—Por si te olvidas. En la empresa siempre buscan vendedores.

—Eso también me lo dices cada día.

—El sueldo es bajo, pero menos es nada. Por eso te lo digo.

—Ya podías decirme que me quieres.

—Eso ya lo sabes.

—Sí, pero por si me olvido.

—Tonto. ¿Qué vamos a hacer hoy?

—¿Quieres salir a tomar unas copas?

Nico no pensaba en otra cosa, especialmente desde que ella tenía sueldo, aunque fuese una miseria más comisiones que nunca llegaban; pero suficiente para pagar unas copas en algún garito del centro.

—Hace frío y parece que lloverá. Mejor vemos una película en tu casa, llamamos para que nos traigan comida china.

—Vaaaaaale. ¿A las diez?

—En punto. Te quiero.

—Te ha costado decirlo.

Clara sonrió al colgar el teléfono, antes había mirado la hora, quedaban veintidós minutos para la siguiente cita, eso contando con que fuese puntual; no, eso contando con que se presentase; no sería el primero ni el segundo de la semana que no aparecía y la dejaba esperando bajo el frío del invierno durante media hora o más. Al menos el cielo plomizo se mantenía sin descargar sobre ella un nuevo diluvio universal, el miniparaguas con el logo de la empresa no soportaría ni un suave aguacero de cinco minutos.

Tres inmuebles enseñados después, almorzaba en su mesa asignada —y compartida con otros dos compañeros— una fiambarrera de ensalada de pasta con atún, nueces y huevo cocido. Se moría de hambre tras tantos kilómetros recorridos e innumerables sonrisas forzadas hacia clientes que solo esperaban regatear al máximo el precio o mirar por simple curiosidad.

«Seguro que este mes no hago ni una venta, qué mierda de vida».

Si se hubiera marchado a Madrid, al piso en alquiler de su amiga y excompañera de facultad Aurora, ahora seguro que tendría un trabajo más cómodo y con mejor sueldo. Quedarse por amor estaba arruinando sus opciones de fu-

turo. ¿Cuándo podría ejercer como abogada? Ni siquiera había conseguido una mísera entrevista para ser pasante en alguno de los pequeños bufetes de la capital onubense. ¿Tanto esfuerzo estudiando para no vivir de la profesión? Le daban ganas de llorar solo con pensarlo, y eso sin recordar los sacrificios económicos que hicieron sus padres para que ella tuviera una carrera universitaria y optase a un futuro mejor que el que tuvieron ellos. No quería ser agorera, ya que era su primer empleo, pero trabajaba diez horas al día de lunes a sábado a cambio de seiscientos euros más comisiones de ventas. No, su periplo laboral no había empezado de la mejor forma posible.

Suspiró tras acabar con el plato de pasta, que estaba más frío de lo que le hubiese gustado. No había microondas en la oficina y todos los días comía ensaladas frías de lechuga, espinacas, arroz o pasta.

Esa tarde tenía otros cinco inmuebles para enseñar, tal vez alguno de ellos acabase en venta y le diera un extra de dinero a fin de mes. Luego iría al gimnasio, donde soltaría adrenalina y trataría de olvidar el frío y su mierda de vida en una clase de zumba. Si llegaba un poco antes, tal vez pudiera hacer pesas y máquinas para complementar. No le daba el tiempo para más, una suerte que viviese aún con sus padres y el techo y la comida no le faltara. Sin su madre haciéndole la comida, lavando y planchado la ropa, incluso haciendo la cama los días más apurados, ¿cómo iba a sobrevivir?

Miró a su alrededor, había otros tres escritorios donde comían sus compañeros en silencio, usando la conexión a Internet para terminar un nuevo capítulo de la serie que estuvieran devorando. Ni siquiera se cruzaban más de cuatro palabras de ánimo o cariño entre ellos. Y todos tenían más edad que Clara. El mayor, Javier, estaba a punto de cumplir cuarenta años. ¡Qué locura! Le entraba urticaria al pensar que acabaría toda su vida con aquel miserable trabajo.

«No lo mires, Clara, o se dará cuenta de que lo estás juzgando...».

Apartó la vista, guardó la fiambrera y los cubiertos, que su madre fregaría esa noche para volver a colocar en su bolso, esta vez con otra comida para el lunes siguiente, y salió a la calle para tratar de respirar un aire que no estuviese contaminado por la mezcla de olores de los almuerzos de sus compañeros.

—En fin, otro día más, espero que queden pocos como este...

La clase de zumba había terminado tan tarde que no le daba tiempo a ducharse y cambiarse de ropa antes de ir a casa de Nico. Tal vez pudiera pedir la comida china mientras caminaba hacia allí.

¡Joder, qué frío! El sudor por todo el cuerpo actuaba como una placa de hielo pegado a su piel bajo el abrigo. El viento a esa hora de la noche no ayudaba, sentía cuchillos afilados atravesando su pecho y piernas mientras caminaba, y aún le quedaba un trecho para llegar a la zona de Fuentepiña en la que vivía Nico.

«Ni por asomo saco el móvil y pido la comida, ya lo haré en casa de Nico, tras ducharme y entrar en calor, o que lo haga él, ya pagaré yo cuando llegue el repartidor».

No eran aún las diez, pero la calle se mostraba desierta, más rápida para caminar que la vía paralela, la avenida Alcalde Federico Molina, abarrotada en estos momentos de parejas paseando, de *runners* haciendo su ruta diaria, de compradores de última hora de las pocas tiendas que permanecían abiertas tras la apertura de centros comerciales... Pero también más oscura y sombría.

Llegado el momento, a falta de cuatro calles para alcanzar su destino, Clara oía más el eco de sus pasos que sus propios pensamientos, lo que provocó un escalofrío tremendo en su espalda. Se olvidó del sudor y de la ducha ca-

liente que esperaba darse y abrazó con fuerza su abrigo a la altura del pecho, apretó el paso y deseó una vez más que la vida diese un giro para sonreírle de una vez por todas.

Los faros del coche que frenó a su izquierda inundaban de luz la calle, la ventanilla bajó y una voz susurrante preguntó por la forma de llegar al antiguo estadio, justo a unos doscientos metros de allí. Chicos jóvenes y guapos, ropa cara y modales exquisitos, un coche de precio imposible, nada de aquello podría alertarla. Nada malo podría ocurrirle.

Nada.

# Capítulo 1

*15 de noviembre*

Luis Miguel tenía el mismo nombre que el millonario cantante, además de la nacionalidad mexicana, pero la vida no le había tratado igual de bien que a su famoso tocayo. Trabajar de portero en la finca no era tan malo como parecía cuando lo definía su mujer, pero cierto era que se trataba de una relación de servidumbre rayada más allá de lo que se esperaba al vivir en pleno siglo veintiuno y en un país supuestamente desarrollado.

Su único día libre, el domingo, era sagrado y lo empleaba para salir con su mujer y su hijo de doce años a dar un paseo al campo desde el mismo amanecer. No comprendía esa manía de los españoles de levantarse tarde y pasar sábados y domingos en un centro comercial. Él tenía muy claro qué costumbres adoptaría en su nuevo país de residencia y cuáles no. Su hijo Miguel no crecería ansiando los juguetes y cachivaches electrónicos de los escaparates, sino jugando como lo habían hecho sus padres treinta años atrás, además de hacer ejercicio y respirar un aire más sano que el de la capital.

Eligieron ese domingo la playa de La Bota, la más cercana a la capital, ya que había estado lloviendo los últimos días y el cielo amenazaba con seguir haciéndolo ese día. Ir al campo podría suponer perder horas si al llegar estaba todo embarrado o tenían que volverse por la lluvia.

—¿Por qué no vamos a la sierra? Allí podemos buscar setas.

—Ya lo haremos el próximo domingo si hace mejor tiempo.

—Pero, papá, ya las habrán encontrado todas.

—Las setas salen sin parar durante un mes y medio; además, no pasa nada si encontramos pocas o ninguna, porque vamos a pasar el día y divertirnos. ¿No?

—¿Hay setas en la playa?

—No, pero podemos dar un buen paseo.

—¿Y jugar al fútbol?

—Pues claro, para eso hemos traído la pelota.

Luis Miguel aparcó doscientos metros a la izquierda del cruce que dividía la zona en dos, decantándose por las dunas que había en dirección al pueblo de Punta Umbría en lugar de ir hacia El Portil; ese tramo de playa se llenaba de gente ruidosa cuando el día estaba soleado. Un mar calmado y de un azul muy oscuro indicaba que aún quedaría al menos una hora para que la mañana inundase de luz por completo la zona. Sobre el agua, un cielo aún cobalto; a sus espaldas y sobre las dunas, pocas nubes encendidas por la llegada próxima del sol.

—Aquí habrá menos gente.

—No creo que haya nadie hoy en toda la playa —le dijo su mujer, que aprovechaba para seguir con su labor de ganchillo incluso cuando iban en el coche—. Aunque haga sol, este frío y la humedad del mar no son muy buenos, al final nos volvemos todos con un resfriado.

Luis Miguel no hizo caso a su mujer, los domingos eran demasiado importantes como para permitir que una amenaza de resfriado le fastidiase la diversión.

Caminaron hasta el límite entre la playa y las dunas cubiertas de altos matojos, no hacía nada de viento y la temperatura era más agradable de lo que habían supuesto; y dentro de unos minutos entrarían en calor dando un buen paseo o jugando al fútbol. Rosa extendió una gran toalla en

el suelo y dejó en una esquina las dos bolsas con la comida y las botellas de refresco. Los tres se quitaron los zapatos y remangaron sus pantalones.

—A ver quién llega antes a la orilla —propuso el niño.

—No vale hacer trampas, espera a que me levante. ¡Miguel! ¡Tramoso!

—¡Corre, papá! ¡No olvides la pelota!

—Luismi, alejaos de la orilla, el agua estará muy fría.

—Sí, mujer, vamos a jugar aquí al lado.

Tuvo que gritar al niño, cuando este ya casi estaba llegando al agua, para advertirle de no mojarse los pies. Entre los dos dibujaron un cuadrado en la arena de unos diez por veinte metros, luego hicieron montones de arena para delimitar cada portería y se pasaron una hora jugando entre risas. Rosa seguía con la labor de ganchillo y de vez en cuando levantaba la vista y sonreía al verlos gritar riendo o discutir por una falta o gol de dudosa legalidad. Se preocupaba de que sudaran y el viento apareciese de improviso, intenso y frío, no quería lidiar con una casa gobernada por la gripe durante una semana, le tocaría a ella hacer las tareas de siempre, además de cuidar de dos lastimeros enfermos.

Luis Miguel marcó un gol gracias a un chute bien fuerte, lo que hizo que el balón acabase a casi cien metros de allí, escorándose poco a poco hacia el agua.

—¡Corre, no dejes que se moje!

—Ve tú por ella.

—Ya sabes las reglas, es tu portería y te toca a ti ir a buscarla.

El niño, que ya estaba cansado por el ejercicio, trató de acelerar el paso, pero no llegó a tiempo de evitar que el balón llegase a la orilla. Ahora tendría que mojarse los pies y soportar el enfado de su madre. El agua estaba muy fría, había metido los pies solo hasta los tobillos y esperaba a que la siguiente ola empujase el balón cuando llegó su padre corriendo.